

S O L A S

(aun acompañadas)

A

María Florencia Freijo

S O L A S
(aun acompañadas)

 *Editorial El Ateneo*

Freijo, María Florencia

Solas : aun acompañadas / María Florencia Freijo. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2019.

240 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1025-6

1. Ensayo Argentino. 2. Feminismo. 3. Mujeres. I. Título.

CDD 305.42

Solas (aun acompañadas)

© María Florencia Freijo, 2019

Derechos exclusivos de edición en castellano para todo el mundo

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2019

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Edición: María Laura Ferro

Diseño de interiores: Lorena Taibo

Viñetas: Florencia Rigioli

1ª edición: noviembre de 2019

ISBN 978-950-02-1025-6

Impreso en Printing Books,
Mario Bravo 835, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en noviembre de 2019.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Se han realizado todos los esfuerzos para obtener las autorizaciones correspondientes para los fragmentos reproducidos en este libro. Ante cualquier duda, por favor contactarse con la editorial.



Índice

Introducción	11
Capítulo 1: ¿Por qué estamos solas, aun acompañadas?	21
¿Soy yo la que está mal?	24
No es el miedo a no tener pareja	25
Reconstruir nuestro código	28
Capítulo 2: Educadas para amar sin condiciones	29
Niñas que aman demasiado	30
La vida color de rosa	34
Cuerpos que no importan	36
Orgullo y vergüenza de ser señoritas	38
El pudor es todo nuestro	40
Mandatos con edulcorante	42
El amor romántico que todo lo puede	46
Desigualdad: ¿cómo llegamos a esto?	47
La novela como escape	50
Más pochoclos, por favor	53
Quebrar la fuerza natural	56
Capítulo 3: Enloquecidas por la carga mental	59
Mandatos heredados más tareas adquiridas	62
Todas las voces (menos la nuestra)	64
La cabeza que no para	66
Sostener la perfección	67
Las siete barreras capitales	69
Los tipos no piden permiso	84

Capítulo 4: Los costos de ser amadas	87
Enfermas de cansancio	90
No es histeria, es depresión	93
El cuerpo sobrecargado	95
Madre de los padres	96
Aquello que llamar puerperio también es soledad	97
El impacto de la violencia en nuestra calidad de vida	100
Sin tetas no hay paraíso	103
La historia de la belleza	104
La evolución del modelo	111
Tiempo y dinero dedicados a agradar	115
Pagar más, siempre	117
Ni menstruar en paz	117
Sobrepasadas: días de 48 horas	119
Capítulo 5: Destino de cuidadoras	121
Romper los mitos	123
Eslabones de nuestra cadena	128
Al servicio del poder	135
Ciudadanas de segunda	137
La economía que nos dejaron	139
Un trabajo invisible	140
Evidenciar la brecha	141
Un vacío en el currículum	146
Precarizaos las unas a las otras	149
Capítulo 6: La maternidad como mandato	155
La libertad de elegir	156
“Los hijos son de la madre”	158
¡Hola, mamita!	160
La pesadilla del postparto	161
No somos “ <i>supermoms</i> ”	164
Malas madres	166
#YoCrioSola	167

Sin ayuda de nadie	171
El reclamo por los alimentos	173
Cuando hay que pelear	176
Barreras en el acceso a la justicia	179
Por nuevas paternidades	182
Capítulo 7: El pacto entre caballeros	183
“Vení que te explico, <i>nena</i> ”	188
Juegos, violencia y <i>grupalidad</i>	189
Nadie les enseña a respetarnos	195
La cultura de la sumisión	197
En busca del sentimiento perdido	201
El varón amoroso excepción	202
Que pagar no signifique poder	203
Seguir igual, en nombre de la libertad	204
Capítulo 8: Un código propio	209
El amor romántico no es el fin del cuento	212
No todas las mujeres eligen	215
Escuchar nuestra voz	218
Solas contra el mundo	220
Rompernos para volver a amarnos	227
El nuevo pacto de las mujeres	228
Agradecimientos	231
Bibliografía	235



Dedicatoria

A cada mujer que me crucé en el camino, y nos reconocimos.
A las redes que hicimos a través de las redes, con sus historias, con sus relatos y que le dan vida a este libro.
A las que lloran en silencio, a escondidas.
A los hombres que buscan entender, que quieren saber.
A quienes me abrazaron.
Y a mi hijo, siempre a él.
Que cada hoja sea una bocanada de aire, una verdad que libera, un punto final y un comienzo.
Vamos a encontrarnos...





Introducción

Los libros son el reflejo del alma.

Virginia Woolf

Solas (aun acompañadas) cierra un capítulo en mi vida, pero también abre la puerta a otro. Había cosas que quería contar, pero tenía que ordenarlas. No quería hacer un libro duro, académico, tampoco quería hacer un libro sin el sostén del conocimiento ya construido. Armé un índice improvisado y me dije: de esto quiero hablarles a las mujeres, pero también quiero contarles el porqué, la historia, el proceso por el que llegamos a sentirnos en soledad. Este libro es para que abrace a la mujer que lo lea, pero también para que la fortalezca en conocimiento, para que le funcione de guía para identificar injusticias, para que la ayude a nombrar el cansancio, para que le permita poner en palabras.

Hace unos meses, pasando un momento personal complejo, pedí en mi cuenta de Twitter que me recomendaran un libro que me abrazara. A los dos días, la escritora Claudia Piñeiro me envió a mi casa *Una suerte pequeña*. Mi intención era que me dijeran un título para ir a comprarlo, pero lo que me llegó fue *una suerte*, fue la mirada de otra mujer, el gesto desinteresado que abracé fuerte, como quien encuentra un salvavidas en el mar de la soledad.

Cuando me dispuse a escribir busqué exactamente eso, hacer un libro que sea un remanso; que sea un espacio de encuentro con la verdad, sí, pero que no nos rompa, sino que nos abrace. Que las mujeres puedan pasárselo, que puedan decirles a otras “mirá, acá está



Solas (aun acompañadas)

la respuesta a ese sentimiento de cansancio constante, a nuestras dudas, a nuestros miedos, acá hay razones, acá hay historias”.

El título *Solas (aun acompañadas)* surgió porque, pese a que en las páginas hay contenidos históricos, económicos y técnicos, la columna vertebral es el sentimiento de soledad que nos une a todas, ese lugar en donde no nos reconocemos a nosotras mismas. Una soledad que en nuestra cabeza se representa en forma de preguntas, de dudas, de culpas, de miedos, como si tuviéramos todo el peso sobre nuestros hombros.

En definitiva, ¿para qué queremos saber sobre economía, sobre la historia de la belleza, sobre el rol de las mujeres en el mercado laboral, sobre lo que nos sucede a las que criamos solas o a las que no quieren tener hijos? Queremos saberlo porque intuimos que allí se esconde algo de nuestra identidad. En esos relatos que estuvieron callados, que se nos negaron, está nuestra historia.

La identificación es clave, porque nos lleva a reencontrarnos. El cansancio nos aísla, nos deja todavía más solas, pero nuestra sed de conocimiento nos reúne, nuestra necesidad de entender lo que nos pasa nos acerca.

En el Capítulo 1 me refiero al concepto de soledad, para que podamos reconocernos en el eje del libro. Mi intención es que logremos entender de dónde viene ese sentimiento, de dónde viene nuestra frustración.

En “Educadas para amar sin condiciones”, el Capítulo 2, quiero evidenciar cómo somos formadas para seguir el mandato de la “buena mujer”. Hay toda una industria cultural reflejada en juguetes, películas, novelas, libros que nos trasladan a ese modelo. Otra cuestión fundamental que vemos aquí es el origen histórico del amor romántico, que lleva aparejado el nacimiento de la desigualdad entre hombres y mujeres, y cómo ganar un poco más de libertad para nosotras fue pasar de una estructura matrimonial por conveniencia a una de pareja

que se disfraza de deseo autónomo, y que esto es al menos cuestionable. Jamás se cuestionó por qué esa migración del amor por contrato al amor elegido no nos liberó de las cargas de las tareas del hogar, o de la obligación de servirle a un otro, o de vivir abnegadas en la maternidad.

“Enloquecidas por la carga mental” es el título del tercer capítulo, cuyo objetivo es visibilizar que los estereotipos que se nos asignan –malcogidas, infelices, locas–, y con los que muchas veces nos identificamos, no son otra cosa que el estado en el que nos encontramos ante las presiones del mundo externo. ¿Qué es la carga mental? ¿Por qué nuestra cabeza no para? ¿Cuáles son las barreras que nos impiden liberarnos de esto y cómo podemos derribarlas?

El Capítulo 4, “El costo de ser amadas”, trata acerca del precio que pagamos por seguir tantos mandatos, por estar expuestas a la desigualdad de género. Hago además un análisis de lo que gastamos en salud –los índices sobre depresión, lo que sucede durante el puerperio– y el desgaste que sufrimos a nivel físico y psíquico por la violencia de género. Hay un costo en tiempo y en dinero que es muy difícil de sostener, que nos exige muchísimo.

El quinto, “Destino de cuidadoras”, es un capítulo muy especial, porque me lleva emocionalmente a mi hogar primario, el que compartí con mis abuelos maternos, con esa abuela que también ofició de madre. Pero mi plan es más ambicioso: me propongo explicar el origen del patriarcado, la piedra fundacional de la desigualdad. Desde el mito del hombre cazador hasta el que instaura la idea de que cuidar es algo natural, propio de las mujeres. El objetivo fundamental es demostrar que las tareas domésticas se han invisibilizado y que por eso nosotras no dimensionamos el impacto social y económico que tienen. Desde la perspectiva de la economía feminista, nos adentramos en los datos que muestran cómo nuestro rol en el mercado de trabajo está precarizado.

El Capítulo 6 nos encuentra pensando acerca de la maternidad como mandato. Hace unos meses, a través de las redes sociales,



Solas (aun acompañadas)

lancé una iniciativa que se llamaba #YoCrioSola. El objetivo era notar, en primer lugar, que hay gran cantidad de mujeres que crían sin ningún tipo de apoyo económico ni afectivo en sus hogares, son jefas que hacen todo solas. Pero, también, que hay muchas madres que se encargan de todas las tareas de cuidado y contención de los hijos a pesar de que hay un padre. Si están en pareja, a veces deben criar también al marido, que oficia de hijo extra, o padecen una dependencia absoluta a nivel económico y sienten culpa de no desarrollar una actividad que traiga dinero. Si están divorciadas, se quedan con una carga más grande de trabajo y sufren un mayor impacto económico.

En el Capítulo 7, escribo sobre el “Pacto entre caballeros”. ¿Qué lugar ocupan los hombres? ¿Cómo son sus lógicas dentro de esta matriz desigual, cómo llegan a pensar así? ¿Por qué están identificados con la violencia? ¿Por qué están alejados de sus emociones, y también de construir placer en simultaneidad con una otra? Pero además propongo que podamos pensar una nueva masculinidad, una nueva forma de ejercer las diferencias. Las invito a dar lugar a la reflexión sobre un hombre que se siente desorientado porque sus mandatos y los nuestros ya no son válidos. ¿Puede ese hombre reconstruirse a sí mismo, descubrirse en nuevos comportamientos?

Al llegar al último capítulo, me interesa que podamos pensar en qué momento se forjó la enorme competencia que hay entre nosotras, mujeres. Por qué nos juzgamos unas a otras y nos hacemos a veces la vida más pesada. También, a lo largo de la historia, hemos atestiguado enormes muestras de solidaridad. Las mujeres hacemos red, construimos nuevos relatos, nuevos sentidos. ¿Cómo podemos romper con el sentimiento de no estar conectadas, de llevar todo a cuestras sin ninguna ayuda? ¿Cuál es la fórmula que debemos poner en el caldero para deshacer el hechizo que nos automatiza ante los mandatos? ¿Somos capaces de construir un nuevo código, de firmar *nuestro propio pacto*, para ayudarnos una a la otra? Este capítulo pretende ser un peldaño que avance sobre los miedos, un pasaje a un viaje interior y exterior.

Deseo que podamos, entre estas líneas de palabras, encontrarnos en un abrazo.

Llegar al libro, llegar a vos

Hace muchos años que tengo este libro en la cabeza. No sé desde hace cuánto con exactitud. Solo sé que, cuando atravesé cada una de las violencias que las mujeres sufrimos en nuestras vidas, todas las palabras y emociones que no pudieron salir imaginaban algún día volcarse en papel.

No es fácil encontrarse a una misma en los índices económicos, en los indicadores estadísticos. Sin embargo, es a través de las historias, que los datos de la realidad se hacen carne, en la voz de los relatos.

Los años de trabajo en organizaciones comunitarias, la formación, el Ni Una Menos, las maestras, los muchos libros devorados por quien, más que saber, quiere encontrar explicaciones a su propia vida y, por supuesto, estar a la intemperie de la crudeza de las historias de vida en los barrios hicieron que en algún momento pudiera conectar todo y que viera una gran verdad: aquellas mujeres que me cruzaba diariamente en los comedores, aunque no tuvieran un marido golpeador en sus casas, sufrían violencia de género, porque había un contexto que las reducía a las tareas de cuidados, a la exclusividad de estas y a no poder salir al mercado laboral formal. Esa situación las hacía dependientes y también las volvía invisibles.

Otra faceta de esta realidad que pude ver fue que la violencia del golpe, del grito, de la sumisión, no la padecían solo las mujeres pobres, las mujeres sin educación. Yo la había sufrido siempre. Incluso después de recibirme, incluso después de ser madre, incluso con algún novio. Fue muy duro admitirlo. Desde mi punto de vista, yo estaba en una *relación tóxica*, de igual a igual. Asumir que era víctima



Solas (aun acompañadas)

de violencia de género me hizo descubrir la matriz histórica y cultural en la que estamos inmersas, y también que la negamos sistemáticamente, creo que como recurso de protección. Aunque seamos conscientes de la desigualdad en nuestras vidas, tendemos a pensar la violencia de género como algo lejano. Cuando abrimos los ojos no hay vuelta atrás y elegir “ver” puede ser muy doloroso.

Por supuesto que están peor quienes menos herramientas tienen. Las pobres, las migrantes y las que pertenecen a grupos étnicos diversos sufren una discriminación acumulada. Pero, al final del día, todas compartimos la profunda sensación de desolación, de soledad y de desamparo que nos acompaña desde niñas. Ninguna mujer está exenta de cargar en su cuerpo la impotencia de vivir en un mundo desigual.

El poder de los relatos: vernos en las otras

Hay un único lugar donde ayer y hoy se encuentran y se reconocen y se abrazan.

Ese lugar es mañana.

Eduardo Galeano

Hace un tiempo, publiqué en las redes un relato sobre la soledad que experimenté en los primeros tiempos de mi maternidad, y recibí miles de comentarios de mujeres que me decían: “Te abrazo, no puedo creer que viviste todo esto”. Mi relato no tenía nada de épico ni de dramático, era absolutamente cotidiano y normal, acerca de lo que una mujer suele vivir después de un parto: depresión, mastitis, infección en la herida de cesárea, episiotomía o desgarró vaginal, estar perdida entre pañales, problemas de la lactancia... Sin embargo, parecía que había revelado algo trágico: el agujero negro de la maternidad, un espacio totalmente desconocido, del que nadie sabe nada si no lo atraviesa. Un enigma, pero, sobre todo, una barrera entre mujeres que no logran mirarse con empatía.

Otra vez, se me hizo evidente que lo que nos mantiene solas y angustiadas es lo desconectadas que estamos, lo poco que sabemos unas de otras. Creo que todas sufrimos distintas caras de una misma moneda: la que es madre y la que decide no serlo; la que da rienda suelta al deseo y se acuesta con muchos hombres y la novia abnegada que sostiene lo insostenible; la que se queja de su nuera, porque no le cocina a su hijo, mientras que ella se pasó la vida encerrada... Vislumbrar la soledad en la que cada una atraviesa esas oposiciones explica por qué muchas veces nos volvemos victimarias. Las mujeres también juzgamos, también exponemos a la otra, también decidimos sostener (por comodidad o por supervivencia) los mandatos patriarcales: ser la buena novia, esposa, madre, hija, trabajadora. Sostener, a pesar de todo.

Escribo este libro porque quiero que podamos comprender por qué tantas veces sentimos impotencia, frustración, por qué nos descubrimos de pronto juzgando a la mujer que tenemos enfrente. Quisiera que podamos encontrarnos en las historias de otras, en sus ojos cansados y en sus espaldas encorvadas.

Mi intención es que podamos ver los roles excluyentes que se nos asignaron, la alta exigencia que internalizamos desde la infancia, lo complacientes que nos enseñaron a ser y el miedo a la soledad que nos metieron; la cadena de injusticias a la que estamos sometidas, todas las reglas que se hicieron solo para nosotras y también los derechos que se nos negaron sistemáticamente. Esa desigualdad es violencia, los estereotipos son violencia, las instituciones generan violencia.

Escribo porque necesito que nuestra verdad, nuestros secretos, salgan a la luz, exorcizarlos, volverlos red. Escribo con la intención de hacer palabra lo que este cuerpo guarda de las mujeres del linaje de mi familia y de la tuya.

Escribo porque quisiera que cada una de nosotras conozca su valor, y el valor de las otras mujeres, aquellas que a veces juzgamos. Esas



Selas (aun acompañadas)

mujeres que cargan con tanta culpa, tanto resentimiento y dolor que endurecen sus palabras y lastiman.

Escribo por un profundo agradecimiento a mi abuela materna, que puso a disposición su vida, encerrada en un hogar, para que los demás tuviéramos vidas afuera. Sí, porque las mujeres somos sostenedoras y esto no tiene nada de romántico. La vida que pude tener gracias al trabajo de mi abuela es la que ella hubiera deseado para sí: estudiar, hacer amigas, salir a jugar y llorar ebria en un sillón hasta que todas las injusticias que recayeron sobre su cuerpo se hubieran evaporado junto con el alcohol. Pero no: ella cosió, limpió, hizo las compras, crio. En la palma de su mano no estaban dibujados otros destinos, sino el de una niña de campo, en cuyo día de nacimiento su papá sentenció: “Otra mujer, tírenla a los chanchos”. Escribo por todas esas campesinas que en la migración a la ciudad solo cambiaron de paisaje y de ventana por la que miraban la vida, que pasaba afuera, durante cada fregada de piso diaria.

Escribo con sed, desesperada, para que ninguna mujer tome como natural el sacrificio de su destino, de su libertad. Escribo con la soberbia de una escritora que busca salvar a alguien a través de un libro, pero con la necesidad imperiosa de construir una fuente de información concreta, de datos, de relatos y de explicaciones que terminen en un abrazo, que terminen en una certeza: no estoy sola. Escribo porque quiero que este libro sea cordón, unión y sentido.

Escribo por las hijas y por las nietas, porque necesitan construir un código que les permita identificar las desigualdades y traducirlas: poner en palabras. Escribo para las mujeres que quieren amar, que quieren enamorarse, pero temen sentirse ahogadas si eso *que se llama amor* se transforma en mandato. Escribo para aquellas que quieren librarse de vínculos que corroen su ser, pero no lo hacen porque las atormenta el miedo a la soledad o porque la posibilidad de transformar sus vidas después de treinta años de matrimonio les resulta impensable.

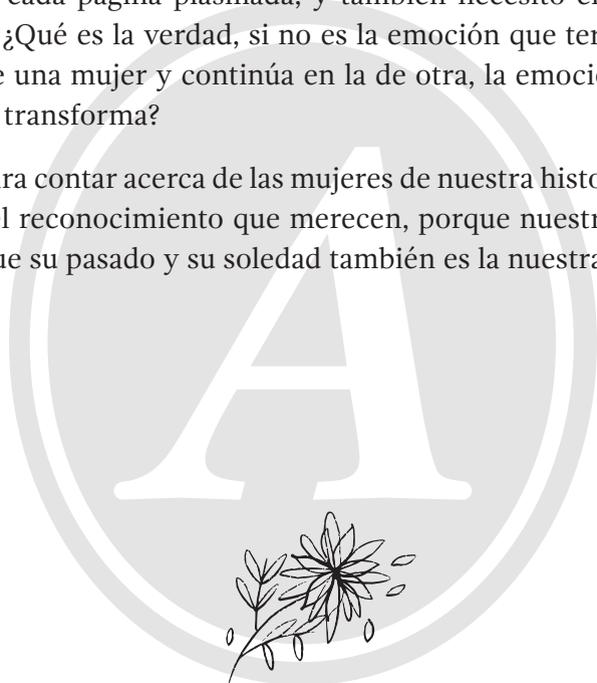


Introducción

Escribo para los hombres que aún no ven pero intuyen que quieren ver, que quieren llorar y ser abrazados en cucharita. Aquellos a los que les duele la violencia de la que los hicieron dueños y necesitan la suavidad de una caricia, llorar sin vergüenza, reaprender todo.

Escribo desde mi cama porque me urge conciliar el sueño, un sueño que no duermo por la cantidad de mujeres solas que me mandan mensajes todos los días desde las redes sociales. Necesito estirar un abrazo en cada página plasmada, y también necesito el abrazo de quien lee. ¿Qué es la verdad, si no es la emoción que termina en la historia de una mujer y continúa en la de otra, la emoción que nos traspasa y transforma?

Escribo para contar acerca de las mujeres de nuestra historia, que no tuvieron el reconocimiento que merecen, porque nuestro presente también fue su pasado y su soledad también es la nuestra.





Capítulo 1

¿Por qué estamos solas, aun acompañadas?

*Sigo mal y seguiré peor, pero voy aprendiendo a estar sola y eso ya es una
ventaja y un pequeño triunfo.*

Frida Kahlo

¿Cómo llegamos a estar tan amargadas que no encontramos salida?
¿Cuáles de las cosas que nos pasan responden a un contexto político
y económico, y cuáles tienen que ver con una desigualdad de género
tan transversal e histórica que impacta en la vida de nuestros afectos,
vínculos, decisiones? ¿Por qué estamos en soledad aun estando
acompañadas?

La soledad nos une a todas por igual y al mismo tiempo refleja la
desconexión de nuestras miradas, la necesidad de la vuelta a la com-
plicidad, al código de rescate, a nuestro propio salvavidas. Es la cla-
ve, la contraseña, las letras que desbloquean la verdad dentro de la
verdad y hacen luz ante las preguntas. ¿Cuándo sentimos soledad?
¿Cómo la vivimos?

¿Por qué socialmente no se percibe una solidaridad entre las
mujeres? ¿Por qué al llegar a la maternidad o a la necesidad de cuidar
a algún familiar la mujer es arrastrada hacia un espacio invisible?
¿Qué nos lleva hasta ahí desde niñas?

La soledad es parte de la vida de las mujeres, estemos solas o acom-
pañadas. Se siente, se percibe, la soledad del corazón, del desasosiego



Solas (aun acompañadas)

y de las dudas que nos avergüenza plantearnos. La soledad que nos habla también de la locura, del miedo, de las voces internas que no paran.

Elegí comenzar este capítulo con una frase de Frida Kahlo, ya que sus autorretratos representan la soledad hecha colores y también crudeza. Allí está ella, impávida, inmutable ante el tormento que sufría su cuerpo. Frida contrajo poliomielitis de niña y las sucesivas operaciones y los momentos de dolor la hicieron transitar una infancia y una vida adulta con adversidades, pero, sobre todo, en soledad. Cuando pensamos en Frida, imaginamos que fue feminista o cuestionamos por qué se obsesionó con Diego Rivera. Miramos sus fotos, sus ojos tristes, sabemos de sus enfermedades, amores y desamores. La conocemos poco como revolucionaria, la conocemos más como una amante triste y a la espera. Frida es la proyección de nosotras mismas, de esa soledad que atornilla nuestra columna y nos estanca en el piso más frío. Tenemos muchas mujeres en la historia que representan al feminismo, pero la imagen de Frida quedó anexada no porque realmente haya hecho de los derechos de las mujeres una causa propia, sino por la identificación que sentimos con una mujer que amó mucho, que amó ante el dolor, que soportó y que esperó. Frida fue una mujer que amó demasiado.

Cuando planteo que las mujeres estamos solas no me refiero solo al sentimiento de soledad. Me refiero a eso que muchas veces no tiene un nombre y esconde una explicación, me refiero a la presión entre nuestros deseos y una vida que nos enfrenta a limitaciones relacionadas con nuestro género. Esa soledad es la lucha diaria, tener que batallar por el hecho de ser mujeres, y dar esa batalla solas. Batallamos solas en nuestros trabajos cuando nos piden el “cafecito” y no podemos decir que no, batallamos solas cuando nos negamos a levantar los platos en el almuerzo del domingo, pero vemos que son otras mujeres las que los levantan.



¿Por qué estamos solas, aun acompañadas?

Sentimos la soledad cuando no podemos hablar de deseo sexual en la adolescencia, cuando nos tenemos que masturbar a escondidas y con miedo, cuando nos niegan información y nos aíslan. Estamos solas las madres cuando criamos y recibimos opiniones de todo el mundo. Está sola la que hace malabares para volver al trabajo. Está sola la que se queda en la casa. Está sola la que tiene que exigir alimentos a la justicia patriarcal.

Nuestra soledad es el ruido, el dolor de las llegadas y las partidas, nuestra soledad son las palabras y su sonido. Tu soledad, mi soledad, es la misma y es historia en común: es la de estar separadas, la de estar divididas. Ese espacio flotante, escondido, que nos habla de *nuestra* historia, la historia de las mujeres, borrada de un soplo, contada por sus vencedores pero no por sus protagonistas. Nuestra soledad es la historia que nos contaron sobre nuestra enemistad.

Nuestra soledad es un bullicio eterno, es no estar en nuestra cabeza sino en el afuera, en el qué dirán, en el deber ser, en el prejuicio y en el juicio que nos condenan a la cárcel de un destino que no sabemos si deseamos, si lo elegimos. La soledad son los mandatos.

Transitamos este mundo con una cantidad enorme de mandatos y barreras de los que no somos conscientes. Como no somos conscientes, no los podemos poner en palabras y, como no los podemos poner en palabras, se quedan ahí, obstaculizando nuestro camino, sin ser vistos, sin ser reconocidos. En cambio, se transforman en pensamientos y comportamientos que van en contra de nosotras.

Nuestra soledad nos encuentra en roles, en momentos, nos acompaña siempre y nos aísla. Somos la mujer que no se atreve a contarles a sus amigas aquella noche que su marido llegó borracho y la penetró sin preguntarle. Somos la adolescente cuyo novio extorsiona con fotos prohibidas, pero no puede pedir ayuda porque sus padres no saben que tiene sexo. Somos la madre agotada que llega al jardín con mochila, vianda, cartulina, mapamundi, paquete con las cremas de la perfumería que quedaba de paso, bolsa con la fruta y la verdura, turrón y



Solas (aun acompañadas)

jugo para la vuelta a casa y una mano libre para agarrar a su criatura y cruzar la calle; esa madre, la que no tiene otra mano, la mismísima mujer orquesta, que está sola y aturdida. Somos esa mujer que espera todo el día un mensaje de texto para encontrarle sentido a la rutina.

La soledad son nuestras vergüenzas, nuestros llantos en el baño del bar, son las lágrimas que derramaba Tita, la protagonista de *Como agua para chocolate*, en cada receta cocinada para su familia. Nuestra soledad son los secretos, la impotencia misma que grita y nos enferma, la falta de entendimiento, la hostilidad, el deber ser.

Las mujeres estamos solas incluso estando acompañadas, y estamos cansadas. Estamos hartas y confundidas. Sin embargo, aguantamos, aguantamos porque nos enseñaron desde niñas que las mujeres aguantan, que las mujeres se enamoran y aman intensamente. Nos enseñaron que las mujeres pueden ver a través de la maldad del otro y nos engañaron diciendo que dentro de esa bestia hay un príncipe necesitado de ser amado. Nosotras queremos ser rescatistas, aunque eso signifique nuestra desdicha. Las mujeres buscamos salvar todo el tiempo, buscamos que nuestro amor salve y borre el maltrato, la violencia disfrazada de chiste, el cansancio y a veces los golpes. Las mujeres reímos porque preferimos creer que fue sin mala intención o reímos por querer agradar siempre. Sorteamos el miedo al descrédito, al maltrato, a la vergüenza “pública” para sostener el deseo de ser amadas, de cualquier forma.

¿Soy yo la que está mal?

Continuamente escucho que las mujeres se hacen esta pregunta, y yo también me la he hecho. A través de las redes sociales, me escriben y dicen: “¿Estoy exagerando? ¿Será realmente así? ¿O estoy equivocada?”. Es cierto que dudar es un acto noble, tiene que ver con la humildad, con considerar que tal vez estamos erradas o estamos juzgando a alguien o alguna situación de manera concluyente, pero



¿Por qué estamos solas, aun acompañadas?

¿por qué las mujeres dudamos hasta de nuestro cansancio? ¿Por qué no sabemos si es lícito renegar cuando estamos sobrepasadas? ¿Por qué enseguida tapamos los nervios, las angustias, la impotencia y las frustraciones y nos convencemos de que estamos mirando el árbol y perdiéndonos el bosque? Cuando muy probablemente estemos viendo todo el bosque, toda la situación que nos tira para abajo. ¿Por qué desconfiamos de nosotras mismas, sospechamos que tal vez estamos mal, creemos que malinterpretamos todo?

Bueno, en principio será necesario entender qué es lo que tenemos encima de nuestros hombros. ¿Qué es la desigualdad? ¿Cuándo se originó? ¿Cómo impactó en nosotras? De ahí para adelante, es muy válido revisar qué sucede con la autovaloración de las niñas, qué lenguaje simbólico utilizamos, qué sentido se constituye cuando no podemos acceder a los derechos humanos básicos porque somos ciudadanas de segunda, porque el Estado sigue regulando nuestra capacidad reproductiva y no generando los mecanismos necesarios para promover nuestro desarrollo.

Todo en el mundo de las ideas, que se materializan en condiciones de existencia desiguales, nos habla de que nosotras valemos menos. Si, cuando vamos a terapia, nos dicen que tenemos un problema de autoestima, sepámoslo: no es algo individual, es un asunto colectivo. No estamos erradas, no estamos locas, no somos exageradas: estamos siendo síntoma en una sociedad enferma.

No es el miedo a no tener pareja

El miedo a la soledad está abonado por siglos y siglos de educación que nos llenó la cabeza de voces: que estar fuera de nuestra casa es peligroso, que estar solas es malo, que lo mejor que nos puede pasar es tener una pareja, que somos las responsables de mantener la armonía en el hogar, que debemos pensar siempre en nuestras hijas y nuestros hijos antes que en nosotras mismas.



Selas (aun acompañadas)

Proyectamos y reflexionamos a través de nuestros horizontes, el horizonte que nos abrieron a nosotras ha sido muy limitado. Imaginen: la mujer que más créditos académicos tenga, que mayores posibilidades posea de estar en un puesto laboral alto, sabe que si decide ser madre caerá en el abismo de relegar años de experiencia y capacitación por esos hijos.

Nuestro norte es estable; como mujeres, siempre tendremos oportunidades limitadas y dificultades inmensas en el camino. Si entre mujeres nos enseñaron a competir, si nos setearon para que el amor romántico sea la escena central del significado de nuestras vidas, incluso aunque esa novela sea un drama, si dentro de nuestra casa familiar sufrimos la represión de nuestros padres, el trato desigual con el hermano varón, es lógico que nuestro camino a seguir sea el de terminar lo suficientemente confundidas como para sucumbir por inercia al ideal de pareja como lugar de protección y de rescate. La pareja como espacio de evasión a todas las limitaciones diarias. Ante una realidad que duele, el chip de la felicidad/pareja es muy fácil de comprar, pues nos distrae de todo.

Aún tenemos muy arraigada la idea de que el amor, ese deseo, es lo que da significado a nuestras vidas, lo que hace que cualquier realidad mejore. Al condicionar la felicidad solo por el hecho de conseguir o tener pareja, nuestras posibilidades se acotan. ¿Quién soy por fuera de esto? Tal vez no quieras ningún tipo de vínculo formal, pero la necesidad de estar con otro, así sea desde lo sexual, prende la mecha de la felicidad que embriaga, como si ninguna otra cosa tuviese ese nivel de poder.

Pero las mujeres no tenemos solo un “ideal romántico”; no somos ni fuimos una caja boba que se obnubila con cualquier *galán*. Las mujeres hemos tenido que formar pareja para sobrevivir. La novela *Los miserables*, de Víctor Hugo (1862), refleja con claridad lo que le puede pasar a una madre soltera: ser condenada a la prostitución, una idea que de alguna forma llega hasta el día de hoy. Las madres



¿Por qué estamos solas, aun acompañadas?

que crían solas siguen siendo vistas con cierto prejuicio social, como si ellas tuvieran la culpa de la irresponsabilidad paterna.

El ideal romántico le puso dulzura a nuestra dura realidad y aún nos tapa los ojos sobre muchas cosas. Ser mujer en este mundo siempre fue un factor de desigualdad. En el pasado ¿cómo íbamos a acceder a medicinas, al manejo de los negocios familiares, a la educación para nuestros hijos, si no era a través de la conformación de una pareja? Es cierto, hoy hablamos de que las mujeres podemos “elegir”. Sin embargo, todos los días recibo mensajes de seguidoras de clase baja, media, alta, que no pueden salir de contextos de parejas que las hacen infelices, porque de otra manera no tendrían a dónde ir, o dónde criar a sus hijos, o cómo subsistir con su sueldo precarizado. Muchas mujeres, aún hoy, le tienen miedo a la soledad, porque significa perder ciertas condiciones que hacen a su bienestar. Acá se visualiza muy claro que la soledad no es dejar de tener una pareja, sino que puede ser una situación generada por el mismo hecho de tenerla: es no poder separarte por tus condiciones materiales y tener que resignar tus deseos. La soledad también es quedarte ahí.

La soledad propone trampas, es maleable, se disfraza. Identificarla comienza de a poco a liberar su oscuridad y el miedo a mirarla de frente. La soledad de las mujeres está dada por la soledad de la carga mental, que se manifiesta estando solas o en pareja. Es la soledad de tener que hacer siempre todo el trabajo nosotras. Es la soledad de saber que ninguna estructura jurídica nos protege, que caminamos con miedo en la calle, que los jueces nunca fallan a nuestro favor.

No confundamos: la soledad no constituye los problemas de no tener una pareja. El sentimiento de soledad es mucho más profundo, no tiene que ver con estar o no estar acompañadas, sino con la concentración de mandatos, como el de que tener una pareja es la felicidad, que tiene que ver también con miedos, exigencias, roles, que transitamos desde chicas. La soledad son las barreras externas, los límites económicos, los problemas de amor propio.



Reconstruir nuestro código

La soledad es nuestra condición como mujeres. En cambio, los hombres no están solos por ser hombres. Estarán solos por alguna condición económica adversa, pero así y todo entre ellos hay una solidaridad de género, un pacto entre caballeros, construido en su historia más primaria. Pero nosotras sí estamos solas, nosotras sí tenemos quebrados nuestros diálogo y código como mujeres. Por esta razón molestan tanto las mujeres organizadas, porque los grupos de mujeres, en cualquier parte del mundo, cambian la fórmula del éxito del patriarcado: logran no sentirse solas, porque se sienten respaldadas. La soledad son los agujeros negros en nuestra historia, es no saber qué nos trajo hasta aquí. ¿Cómo nadie nos dice la verdad? ¿Por qué todo es presentado como natural, cuando en realidad esta desigualdad nos perjudica?

Este libro busca que puedas reconocer todo el peso de la historia y el contexto social que tenemos encima. Busco que, al ver todo esto de frente, podamos reconstruir nuestro propio código de la solidaridad entre mujeres, el código de las miradas cómplices, el pacto que hackea a la soledad. Construyamos nuestra propia kryptonita contra las injusticias, seamos las heroínas. A la soledad, nunca más.

